

DISCURSO DE D. GONZALO FERNÁNDEZ DE LA MORA

Sr. Presidente, Señores Académicos, Señoras y Señores.

Siempre que pienso en un intelectual, y supongo que a Vds. les ocurrirá más o menos lo mismo, me lo imagino rodeado de libros. Hace poco, dialogando con un maestro mío, Alvaro d'Ors, que tuvo noticia de que yo iba a donar mi biblioteca, me decía: «Pero ¿cómo es posible? Los libros son la prótesis de un estudioso. Es como quedarse sin muletas o sin gafas». Realmente, esta correlación entre un estudioso y su biblioteca es clásica, casi sempiterna. La biblioteca de Aristóteles, recibida luego por Alejandro de Afrodisia, etc. Y desde ahí hasta Menéndez Pelayo. No podemos casi concebir, ya no digamos el Renacimiento, sino en cualquier tiempo a un gran pensador sin una biblioteca.

Esto ha sido verdad hasta nuestros días; pero dudo que lo sea en el futuro porque la producción bibliográfica es gigantesca, el número de revistas especializadas y generales es prácticamente inabarcable y, por lo tanto, ya es difícil constituirse en el propio hogar, cada vez más limitados de espacio, una gran biblioteca personal.

Cuando Ferrari legó a la Academia de la Historia, su impresionante colección de libros de Historia de España, especializada en nuestros siglos XV al XVII, se dijo que era la última gran biblioteca que realmente se salvaba de la dispersión y que se institucionalizaba. Cuando, después, la viuda de Francisco Elías de Tejada legó a esta Corporación, su espléndida y, en aquel momento, la mejor biblioteca privada que había en nuestra patria de Filosofía de Derecho y de Derecho Público —no recuerdo si lo dije en el acto de recepción— tenía en mente que asistíamos al penúltimo acto de una época de intelectuales que podían vivir rodeados de millares de libros, y que, en el futuro, se trabajaría seguramente con pequeñas computadoras que conectarían con la reproducción en microfilm de centenares de millares de volúmenes, almacenados en lejanos edificios. Me temo que la mayor parte de los intelectuales venideros laborarán o en grandes bibliotecas institucionales o mediante un ordenador y sólo rodeados de un par de plúteos.

Desde esta perspectiva, la figura de Elías de Tejada me parece que ocupa un lugar final; en cierto modo, es un hombre que está a caballo entre dos eras de la información. Este hecho de su biblioteca, aunque anecdótico, resalta de modo

extraordinariamente significativo y revelador el tipo de hombre que, indirectamente, nos convoca hoy. Gran discípulo de Menéndez Pelayo, trató de realizar, como acaba de explicar Miguel Ayuso, en el área de las ideas políticas, lo que el maestro en el campo de la literatura, de la filosofía y de otros sectores del pensamiento español. Como don Marcelino, aunque de menor porte, también ha legado, íntegra, su rica biblioteca.

Y como consecuencia de ese legado, la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas y la Fundación Elías de Tejada, instituyeron unos premios periódicos que llevarían el nombre del politólogo y que versarían sobre un tema que fijaría la Academia de acuerdo con la Fundación y, concretamente, sobre una figura del pensamiento español anterior a la contemporaneidad. Y en aplicación de este compromiso, la Academia y la Fundación decidieron, en su día, que el personaje objeto del estudio que habría de ser premiado fuera D. Antonio Capmany y de Montpalau. ¿Por qué eligieron a este hombre? En primer lugar, porque era un personaje de gran relieve y polifacético, pues ejerció importantes responsabilidades y cultivó plurales saberes. El gran Menéndez Pelayo lo elogió como preceptista. Su talla como historiador de las instituciones económicas es eminente. Con un equipo de colaboradores logró reunir materiales extraordinarios que recogió en sus famosas *Memorias Históricas*. La crítica presentaba a Capmany como un hombre importante, pero existía una especie de penumbra o zona incierta, la de sus ideas sobre la cosa pública.

Del pensamiento político de Capmany había una versión que no me atrevería a decir que era rigurosa y monográfica, pero que vendría a presentarle como un doctrinario gremialista, lo que llevaba a situarle en una línea tradicional, la de la representación orgánica o estamental. La Academia consideró interesante que se esclareciera esta faceta un tanto problemática. El pensamiento político de Capmany fue el tema elegido y el que ha sido objeto del estudio recién premiado, que tengo el gusto de presentar.

Sus autores son dos hombres dedicados a la investigación histórica de las ideas políticas, muy especialmente en el ámbito español. Detrás de ellos tienen ya una obra copiosa, y comprendo que eran las personas más indicadas para leer en el *BOE* o recibir la noticia de que se había convocado este premio, y para conjuntar esfuerzos y presentar la monografía que fue objeto de examen por un Jurado que les ha otorgado el premio; son el señor Fernández de la Cigofía y el señor Cantero. El primero es más historiador que jurista, y Cantero quizá más jurista que historiador; pero los dos, doctrinalmente afines, han logrado una colaboración muy orgánica que ha cuajado en un trabajo coherente y trabado. En la introducción se declara quién es el autor de tal o cual capítulo, pero se han revisado mutuamente y han conseguido una interpretación muy homogénea. Un lector no muy especializado, difícilmente podrá distinguir cuál es la aportación de uno y la del otro.

¿Qué resulta de este libro? Capmany además de un polígrafo, fue un personaje de una vida no diría que turbulenta, pero, por lo menos, compleja, Militar joven,

participó en la guerra contra Portugal en 1762; después entró en la Administración donde cultivó el pluriempleo de una manera generosa. Académico de la Historia, diputado por Cataluña, asesor, constituyente, director de equipos de estudiosos. Algunas de sus obras son un poco aluviales como los diccionarios, las colecciones de documentos, etc. Sólo son concebibles si se dispone de un equipo de colaboradores laboriosos.

Centrándose sobre el pensamiento político, los autores han puesto de manifiesto lo que me parece esencial de su monografía y lo que está llamado a ser la quintaesencia de lo que se diga sobre Capmany en el futuro. Hay en él una personalidad intelectual bifronte que no me atrevería a calificar de contradictoria. Por lo menos, hay etapas muy diferenciadas en su pensamiento. Una primera en la que hace una gran defensa de los gremios y, por lo tanto, de los cuerpos intermedios de la sociedad. La segunda es la etapa antifrancesa con una serie de folletos, en su mayor parte anónimos, algunos enérgicos, como los que dedica a los perseguidos en Madrid y en Sevilla y, sobre todo, el famoso *Centinela contra el francés* que, por cierto, fue traducido a varias lenguas. Pero, después de este período de transición patriótica y antinapoleónica, Capmany, inesperadamente para los que sólo conocíamos de él las etapas dominantes, se incorpora al grupo —intelectualmente afrancesado— que va a constituir el motor del movimiento doceañista. Con detalle, a través de sus discursos, artículos y polémicas, como la que mantuvo con Quintana y que dio lugar a una literatura copiosa, los autores nos descubren que, realmente, Capmany llegó a ser un entusiasta de las Cortes de Cádiz. No aparece entonces ni el menor rastro del gremialismo y del estamentalismo iniciales.

Creo que los autores han prestado un gran servicio a la historia del pensamiento político español, porque no sólo han profundizado y esclarecido, sino que (esto es lo que me parece decisivo) han colmado un vacío, han dado respuesta a una interrogante y han disipado una ambigüedad porque han establecido claramente sucesivas actitudes del personaje ante la cosa pública. En fin, han presentado a Capmany dentro de su plural dinamismo intelectual.

Sé que nuestro Presidente, que además de un gran teórico es un práctico de la economía y, además, historiador de las ideas económicas y singularmente de las españolas, va a decir cosas muy sustanciosas sobre el Capmany economista. Yo, no para adherirme de antemano a su análisis, ni para servirle de introductor, porque no lo necesita, ni para ofrecele un trampolín, porque tampoco precisa de él, sí quiero concluir diciendo que, después de haber estudiado el documentado y riguroso trabajo de los Sres. de Fernández de la Cigüña y Cantero, me parece que Capmany es más importante como economista y como historiador que como pensador político.